

Revista de la Facultad de Medicina

Volumen **48**
Volume

Suplemento **1**
Supplement

Septiembre-Octubre **2005**
September-October

Artículo:

El ejercicio actual de la medicina.
Presiones, depresiones e ilusiones

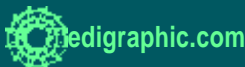
Derechos reservados, Copyright © 2005:
Facultad de Medicina, UNAM

**Otras secciones de
este sitio:**

-  [Índice de este número](#)
-  [Más revistas](#)
-  [Búsqueda](#)

***Others sections in
this web site:***

-  [Contents of this number](#)
-  [More journals](#)
-  [Search](#)



El ejercicio actual de la medicina. Presiones, depresiones e ilusiones*

Roberto R Kretschmer

A Donato Alarcón S.

Gracias por la distinción y la responsabilidad de sustentar la Conferencia Ignacio Chávez, que honra a uno de los grandes médicos de nuestra historia y cuyas ideas rebasan fronteras y tiempo. Hablar de linfocitos o de J. S. Bach me resulta más fácil que hablar del tema que se me sugirió, ya que trataré de algo que nos incumbe —y con cierta urgencia— a todos, como médicos y como ciudadanos. En lo bueno hago eco del grupo de trabajo que el Consejo de Salubridad General, y luego la UNAM, organizó alrededor de Don Octavio Rivero. Lo malo será inconfundiblemente mío.

Presiones

En 1968 regresaba yo a México después de seis años, cuatro de estudios como pediatra e inmunólogo en Boston. Dejaba atrás una medicina intelectual y científicamente espléndida, permeada de humanismo y calidez, y ¡..... no era negocio! Algo le faltaba sin embargo: una estrategia de equidad y justicia social en Salud. Pero, en un país tan rico como los EEUU, ese problema era resuelto sobre la marcha con un sinnúmero de artilugios operantes: *Medicare, Medicaid, Welfare*, etc. ¡Nadie se moría en la calle! Fue el mismo gremio médico el que se opuso a darle la orientación social que le faltaba, adjudicándose de paso libertades casi ilimitadas que originarían, a su vez, la medicina meritocrática más espléndida que haya visto hasta ahora la historia, con logros que no es necesario recalcar. Muchos de los aquí presentes abrevaron en ella. Y la gran explosión tecnológica estaba aún por llegar.

En México, me esperaba una medicina con 25 años de instituciones de sólido academismo, acertado reflejo de las enmiendas que Flexner había instituido para el despegue de aquella medicina americana. Pero también con 25 años del Seguro Social, ese gran logro histórico, que hay que cuidar, y que en ese momento se lanzaba —y me invitaba— a la aventura de la investigación biomédica. Seguía a las instituciones madre de la medicina académica mexicana: Hospital Infantil, Cardiología, Nutrición, Tropicales y luego Neumología y Cancerología, y que suman ahora diez bien logrados Institutos Nacionales de Salud. Pronto se les agregará el de Medicina Genómica,

que seguramente le inyectará un renovado vigor intelectual al talento de la investigación biomédica mexicana, como en su tiempo lo hiciera, sobre todo, el Instituto de Cardiología, cuya prioridad fue entonces también cuestionada, pero cuyos logros pronto hicieron enmudecer a todos.

Diez años más tarde, nuevo regreso a México. Ahora después de cuatro años como profesor de Inmunología Pediátrica en la Universidad de Chicago. Esta vez sin embargo, dejo atrás una medicina todavía espléndida y creativa pero económicamente herida de muerte. ¿Qué había pasado? La medicina americana, se había sobregirado. Ya no era costeable ni por los seguros más generosos. ¿Qué la llevó a ello? Una combinación de factores encarecedores, no todos privativos de los EEUU. Ahora sí, el vertiginoso despegue tecnológico en instrumentos y medicamentos: con un agregado consumismo de moda “.....*todos querían ser los primeros en usar lo último*”, entendiendo mal a Alexander Pope. La rapaz medicina innecesaria, de la que los médicos debemos asumir toda la responsabilidad, no importa la complicidad del paciente. Las demandas de mala práctica y su medicina defensiva, escaladas a un nivel tan caro como grotesco. La sobre-especialización, el intermediarismo y la sobreadministración. Y, víctima de sus propios éxitos, la transición epidemiológica creando poblaciones añosas, con padecimientos muy complejos, prolongados y caros: diabetes, cáncer, cardiopatías, etcétera. Y como si esto fuera poco, la *hubris* sería castigada con la aparición del SIDA y el regreso de viejos conocidos como la tuberculosis, las multirresistencias microbianas por abuso de antibióticos, etc., etc.

Todavía me tocó escuchar en los pasillos aquello de *¡The business of America is business. Let them take over!* Así fue. Y así les fue, a la medicina y a los pacientes. Con pasmosa celeridad americana se creó un oligopolio de empresas que ofrecían medicina administrada, (HMO, *Health Maintenance Organizations*, término por cierto acuñado por Nixon en 1970, y no lo digo con mala fe). Su estrategia fue simple: la empresa aseguradora vende un seguro médico a gente preferentemente joven y sana, a los que obliga a utilizar *sólo* sus redes de médicos, hospitales y laboratorios, mismos que acicala con conveniente publicidad y que por supuesto también controla, obligándolos a practicar una medicina rabiosamente contentiva de costos, so pena de castigos económicos y

* Conferencia Ignacio Chávez 2003 Academia Nacional de Medicina.

premiando, perversamente, el sometimiento de los médicos a estas reglas. Se instaura la regla mordaza, que prohíbe al médico ni siquiera proponer ciertos tratamientos, por costosos. Se conocerá el caso de un cardiólogo que impidió —con razones de suyo comprensibles— la realización de un trasplante cardíaco. El paciente murió, pero el médico recibiría más adelante un jugoso como inesperado cheque, como premio por haberle ahorrado a la empresa aquel enorme gasto.

La empresa literalmente proletarizó y ahogó en papelería a los médicos, a los que ahora llama despectivamente —digo yo— prestadores de servicios (*health providers*) quitándoles la autonomía de sus decisiones clínicas, mismas que irán a parar a los escritorios de administradores de empresas. La milenaria lealtad del médico hacia su paciente se desvía con premios y castigos hacia la empresa. Se socava la de por sí vulnerable relación médico-paciente, mezcla tradicional de confianza y conciencia. En un despegue espectacular aseguran a 60 millones de americanos y ahorran hasta 36 mil millones de dólares anuales, para usufructo de los dueños. Éstos son felicitados por el glamoroso mundo financiero por haber descubierto una nueva veta lucrativa en el quehacer humano. De cada dólar de prima, hasta 40 centavos van directamente a sus bolsillos. Y desde luego que a Enseñanza e Investigación no se le asigna nada. Al fin y al cabo que por el momento sobran médicos, muchos indispuestos o incapaces de decir ¡NO!..... a estos excesos. Para cuando los médicos y los pacientes se percataron del atraco que convertía a la salud en un artículo muy redituable, ya todo era un hecho consumado.

¿Fue evitable esta debacle, luego amplificada por la vertiginosa globalización? Probablemente sí. Pero a Cassirer, el legendario editor del *New England Journal of Medicine* y Casandra de todos estos eventos, hasta lo hicieron renunciar, y al profético Ginzberg de plano lo ignoraron. Ciertamente, las implacables leyes del mercado construyeron a la milenaria Venecia sobre un inmundito pantano. Pero para convencerse de que la salud, la cultura y la educación son otra cosa, basta leer a George Soros —ese fundamentalista de los negocios—, que debe saber lo que dice. No se necesita ir más lejos que la página cinco de su espléndido librito *Sobre Globalización*:

Los vulnerables mercados y sus implacables leyes, son lo mejor para crear —y perder— riquezas, pero no están diseñados para encargarse de otras necesidades sociales, ni son competentes para garantizar justicia social alguna.

George Soros, ahora ya más bien Soros Györgi, el húngaro que sobrevivió al nazismo y al comunismo en su patria, se pone la otra pila y se recarga en Sir Karl Popper, el de *La Sociedad Abierta y sus Enemigos*, para inyectar una dosis saludable de sociedad abierta al inescapable realismo geopo-

lítico. Para hacerlo más humanista, pues el mercado no tiene medio alguno de protegerse de sus propios excesos. Y éstos abundan. Ojalá le duren vida y fortuna a Soros, pero por lo pronto deja claro que el Estado con talento político y con urgencia, debe proteger a la educación, la cultura (ciencia y arte) y a la salud contra las inclemencias del mercado, so pena de desintegración del fino tejido social, de su identidad y su soberanía,y¡ah!de su felicidad.

La víctima más lamentable de los excesos norteamericanos con sus HMO fue quizás la idea misma de la Medicina Administrada, idea de suyo buena. De hecho, si los aventureros iniciales hubieran seguido el profético consejo que Thomas Hobbes —el del *Leviatán*— le diera 250 años antes a la emergente clase media: “...no hagan ganancias desmedidas, sino honorables”, las HMO hubieran evolucionado en forma diferente. Pero no es fácil sugerirle a un administrador de empresas con maestría en Stanford, Harvard o Yale, que tenga *menos* utilidades. Si las HMO hubieran reducido sus ganancias a no más del 10%, y hubieran aplicado el resto a una atención médica más social y humanística, así como a la enseñanza e investigación, otra sería la historia. Hubo hasta una propuesta de ley de crear un impuesto de 1% para la enseñanza e investigación, pero murió en el cabildeo. No habiendo sido así y siendo los americanos, también del país de Lincoln de aquella frase “.....pero no podrán engañar a todos, todo el tiempo”, las HMO son ahora desertadas por casi la mitad de sus clientes, que buscan versiones más humanistas de una medicina administrada, con sentido social, y frecuentemente dirigidas —no sin problemas— por médicos. Para disminuir la medicina innecesaria, los asedios legales y la desmedida carrera tecnológica, la medicina administrada no lo hizo tan mal.

¿Y qué tiene que ver todo esto con México? Pues que con el desplome del negocio en EEUU y con la inexorable globalización, la medicina administrada también se globaliza e invade América Latina, con efectos ya lamentables en algunos países y pendientes en otros. El capital no requiere de visa, y puede irse adonde quiera. La gente no tanto. México también es visitado por estas ideas. Basta abrir los ojos, pero sobre todo la mente, para percibirlo. El que más de la mitad de la población mexicana tenga —todavía— Seguro Social y que no se diera la *reversión de cuotas* a los no usuarios, la propuesta *libre elección del médico* primario y el naciente Seguro Popular ofrecen todavía un muro de contención. El riesgo está en el 30% de la población sin, o en proceso de obtener un seguro médico privado. Así, preocupó seriamente el apremio con el que en el año 2000, el Congreso de la Unión y bajo iniciativa de la entonces Secretaría de Hacienda y la Asociación de las Compañías de Seguros (el gran capital) aprobó por unanimidad un proyecto de ley que protege el gran comercio con la Salud. Por supuesto sin consultar o sólo perfunctoriamente, ni a la Secretaría de Salud, ni a esta Academiay mucho menos a los desorientados médicos.

Parece que los economistas, como los médicos, somos males necesarios. Paseando hace poco frente a las inefables columnas de mi *alma mater*, el Hospital de Niños de Boston, aquel que motivara a su famoso director Charles Janeway a decir que un hospital —no bueno— *excelente*, pero de excelencia de verdad, no promocional, no es, no puede, no debe ser un buen negocio. Es una responsabilidad social, que el Estado y la Sociedad deben vigilar, proteger y convertir en blanco de generosas filantropías. Le pregunté ahí a mi mentor, Fred Rosen, que cómo iba el hospital: ¡.....*un desastre*! me dijo con su voz oracular, gracias a la nueva economía, que si bien nos aclaró el valor de la Salud en el desarrollo económico de un país, de medicina no entiende mucho. México no es Estados Unidos. Nuestra medicina tiene rasgos antropológicos propios, es parte visible de nuestra cultura. Compete a los mexicanos decidir, qué tipo (o tipos) de atención de la salud queremos y debemos tener. Porque es obvio que de la jungla lacandona a la jungla industrial de Nuevo León, también —y lamentablemente— hay una considerable distancia social. Hay que debatir esto pluralmente para acercarnos, no a un triunfo en la polémica, sino a una verdad operante y federalizada, atributo de una verdadera *sociedad abierta*, por ahora el mejor antídoto contra una globalización desmedida.

Depresiones

No ajeno a lo anterior, quiero reflexionar sobre la investigación biomédica, ingrediente ineludible de la excelencia médica, y un artículo de Robert Pollack de la Universidad de Columbia, intitulado: “¿*Días difíciles en la interminable frontera*? con una andanada de coincidentes cartas a la redacción provenientes de todo el mundo. El problema es universal, luego entonces también mexicano. El mensaje es *hamletiano*: la creciente desmoralización entre los investigadores biomédicos, una actividad que como pocas debiera hacernos felicesy por la que por añadidura nos pagan, como diría mi amigo Rubén Lisker, profesor emérito de la UNAM. Pollack no se refiere a la perenne escasez de fondos —esa es harina de otro costal—. Habla de un preocupante deterioro en el estado de ánimo. Como razón más compleja cita el desasosiego causado por el reduccionismo utópico del notable código genético, del genoma humano, que por cierto hoy cumple 50 años. Sienten que ya no hay un más allá. Lo ven como un paradigma que envejece, sin asomo de uno nuevo, lo que yo por cierto no creo que sea el caso. Pero eso los deprime, así como el percatarse que *información e investigación* todavía no son *conocimiento* y ciencia. Otra, es la convicción de que no hay revisión por pares que sea realmente leal, justa, objetiva e imparcial. Otra más, el sofocante tiempo y esfuerzo invertidos en llenar tantas solicitudes de fondos para investigar, y los múltiples informes de que todo va bien, manejados por una creciente burocracia que, a todas vistas, ni entiende

ni aprecia a la ciencia. Esto consume mucho tiempo. Tiempo que uno debiera dedicar precisamentea investigar. A eso para lo que uno está solicitando esos recursos. ¡Una mezcla de Kafka y Rabelais!

En esta confusión de valores, lo que el investigador piensa de sí mismo, ya carece de sentido. Sólo sus pares son capaces de decir si es o no es un buen investigador. Y lo harán refugiados en el impersonal secreto de Comités, y utilizando un sistema numérico por demás grotesco. Incapaces de vetear calidad, ponemos más y más énfasis en lo cuantitativo. ¿Evaluar a la ciencia y sus progresos en crasos números? ¿De veras? Sería como decir que sinfónicamente Haydn es casi tres veces mejor que Mozart, diez veces mejor que Beethoven y Schubert y 25 veces superior a Brahms y Schumann, que quedan descalificados. El escenario es otra vez el del *Leviatán* hobbesiano “.....*todos contra todos*”. Se han ido las formas decorosas de convivencia colegial que conocimos, y se han insertado no sé que bajas emociones en eso de evaluar los esfuerzos de los demás. Las bases sociales de la ciencia se erosionan si se pone el utilitarismo como meta única o principal. El cómodo reduccionismo de nuestro quehacer cotidiano apunta hacia menos estudios relevantes, más estrecheces técnicas y detalles redundantes sin mucho valor. ¡Perohay que cumplir cuotas numéricas, o sufrir las consecuencias! Los métodos de la genética molecular, ofrecen explicarlo todo¿será? Lewontin en su libro *Not in Our Genes* (que no requiere traducción) y Stephen Jay Gould, han hecho un llamado de alerta sobre este error reduccionista. La investigación no es industria. Es cultura. El placer científico se está esfumando. Y esta lamentable situación, en México hasta la hemos institucionalizado con el Sistema Nacional de Investigadores (SNI). De valiente salvador de la ciencia en los ochenta al evitar el éxodo masivo de dédalos mexicanos, el SNI** ha devenido, *i.a.* en un tribunal de licencias y de vigilancias en busca de morosos. Cada dos a tres años cuestiona el valor de los investigadores. Y lo que es peor, les puede retirar ese bono salarial que apenas si eleva sus ingresos a un nivel decoroso. ¡Como si la ciencia avanzara sólo en contundente línea recta y en medibles pulsos trianuales! ¿A quién le extraña entonces que el ambiente en la ciencia —también en México— tienda a la depresión? Me adelanto a sus sarcasmos al decir ¡.....pues dénles Prozac® No, ante esos predicamentos hay que ser franciscano para volverse investigador. Urge hacer algo, para que regresesí..... la alegría a la ciencia, que no es diversión. Es una actividad creativa de rigor intelectual —*res severa verum gaudium*— ¡..... y a la larga es muy útil! Además, si al gobierno le preocupan los morosos que medran dentro del presupuesto, hay cotos de caza mucho, mucho mejores.

** Al que, justo es decirlo, nunca he pertenecido.

Ilusiones

No, no quise decir*no nos hagamos ilusiones*. Todo lo contrario. Pero tratemos de llevarlas a feliz término con consenso, tolerancia, respeto, madurez y camaradería. CONACYT, otro gran logro histórico, dice que quiere duplicar en seis años el número de investigadores, para llegar a 20 mil. Nada complació, ni sorprendió, más a la comunidad científica. México, los necesita. Pero recomendamos no descuidar a los 10 mil que *ya* tiene. Que apuntale en ellos el ánimo y la confianza por investigar, pues a final de cuentas serán ellos quienes tendrán que reclutar a los otros 10 mil ¿O piensan sacarlos de ese mar de carreras blandas que proliferan hoy día? Convirtamos esos degradantes bonos salariales trianuales en verdaderos y merecidos salarios definitivos, con correcta ingerencia en la jubilación. Profesionalicemos con nuevo vigor la carrera de medicina, con escuelas de medicina que merezcan —todas— ese nombre. Que produzcan médicos cultos, convencidos de su misión y por ello mejores médicos porque, decía Ignacio Chávez, el médico inculto no es ni médico. Que la educación *superior* sea pública, gratuita y para el que la merezca, no importa su cuna —baja o alta—. Porque..... *lo que Natura no da, Salamanca no presta*. ¡Eso es justicia y

no revancha o arriete social! El amplio apoyo a la educación pública superior es lo que preservará nuestra identidad nacional en la ineluctable globalización. A la Universidad no se acude a abreviar confortables certezas sino retos y dudas, a veces incómodas. A nutrirse del espíritu de disenso educado, ése que no crea revoltosos —de hecho los evita— como recalcará Edward Levi rector de la Universidad de Chicago. Así contribuye a una sociedad mejor, progresista y más estable. Resistamos el creciente proceso de *pensamiento único*, como dicen los franceses, al que nos amenaza la globalización unipolar que nos trajo el fin del siglo XX. Cultivemos aquello de tener dudas; tenerlas fortalece el espíritu. Reforcemos la investigación científica con al menos 1% del PIB. Civilicemos laboralmente al SNI para los mexicanos más preparados.

Déjenme, para terminar, repetir las palabras, la oración laica de Ignacio Chávez a la ciencia mexicana:

No tenemos derecho a pedir que nos conozcan si nada producimos. Mientras sigamos siendo un reflejo de las escuelas y valores extranjeros, mientras nos concretamos a seguir —y no siempre de cerca— el movimiento científico mundial. Mientras nuestros autores no sean leídos y discutidos en el extranjero, este país nuestro no existirá nunca en el mundo de los sabios.

